
colección interiores
Un bosque por dentro
Laura Martínez Coronel
civiles iletrados



Un bosque por dentro

ISBN 978-9974-8597-2-2
Depósito legal Nº: 371.699 /17

Un bosque por dentro

1ª edición, Montevideo, Uruguay, Abril de 2017.

civiles iletrados editores
Castillos 2572
Montevideo, Uruguay
CP 118 00
civilesiletrados@gmail.com
civilesiletrados.blogspot.com.uy
civilesiletrados

Diseño Tapa: D/G José Prieto, www.prieto.com.uy
Diagramación: D/G José Prieto
Cuidado de edición: Luis Pereira

Un bosque por dentro

Laura Martínez Coronel

civiles iletrados
colección **interiores** / 1

A MANERA DE ENTRADA

En esta serie de poemas que nos presenta Laura Inés Martínez Coronel en su libro "Un bosque por dentro", no solo se muestra como autora dotada de una facilidad para construir sus mundos poéticos con la palabra, sino de esa capacidad para llevarnos a sus territorios de metáforas insondables, multiplicadoras en los estallidos en luz de su acto creativo. Encontraremos poemas como: "La hora feroz", "La soledad del bosque", "Mañana", "Huellas digitales de la luz", y "Piedras que escapan de los muros", solo por mencionar algunos.

La poesía discurre en un discurso de metáforas en torrentes, de imágenes que sorprenden las insólitas regiones de lo inesperado. Nadie espera el estallido del lenguaje y la prolongación del aliento poético. Al leer estos poemas, nadie espera nadar en un mar proceloso de imágenes que hace naufragar al lenguaje común. Tampoco espera el lector encontrar tanta belleza en los conceptos como naufragios, sombras, ni en la soledad de su "mundo encendido". Estos tres conceptos antes referidos sería materia para encausar un análisis de forma más detenida sobre la poética de Laura Inés, principalmente el de "sombras", no solo por la cantidad de veces que aparece como materia prima de sus revelaciones, sino como presencia física, la cual hay que romper para ver la luz. No existe ni una mitificación ni una desmitificación de la sombra, sino se apela a la concepción del imaginario colectivo para ser utilizada en los poemas.

Nadie puede decir la poesía de Laura Inés, solo ella. Y eso es un logro que le imprime originalidad. El sentido, el anti sentido y el contra sentido, adquieren una dimensión que busca otro tipo de comunicación. Es el caballo de luz desbocado, que envuelto en sus destellos, deja un rastro de polvo para hablar de las rebeliones de la poeta.

Nadie, nunca nadie, solo ella podría decir: "Las mujeres que conozco / naufragan en el vestigio epitafio de madera / Hablan de soledad, pero en los cuencos / esconden naves para las puertas de la música". (El / es mío. Así aparecerá en otras divisiones de versos). Y a seguidas uno se pregunta: ¿A cuál región remota nos lleva la autora? ¿Cuál simbología muestra la soledad y la música para describir a las mujeres que dice conocer? Quizá estemos ante la presencia de un código indescifrable, pero que en el discurso poético, supera la propia razón del lenguaje. No desciende al nivel de incomunicación, te deja parado a la puerta del lenguaje poético, unas veces transgredido, por autónoma conciencia. Es ahí donde lo poético ausculta nuevas vertientes de expresión, nuevas maneras de plantarse con su chispa creativa.

En el poemario se maneja una especie de estallido, el estallido poético, la ruptura de la quietud para que salga el torrente. Hay una especie de imágenes que se disparan en forma de diásporas para transmitir la angustia y la existencia de quien escribe. La "La hora feroz" es el poema que encabeza el libro y su primer verso dice: "Estallan en la miel dando tumbos / con sus mordazas, escafandras, los edificios crujen". Esa explosión, ese estallido está presente a lo largo del libro. "En piedras que escapan de los muros" se lee el verso: "En el ruido hay otro ruido de espejos estallando". Excelente imagen que exagera la revolución interior, ese fulgor que viene de la fragua, donde las palabras vuelven a su origen, "a la maravilla de la creación". Se presenta una mujer en un territorio nuevo, donde ella ha quedado en el olvido y evoca el instante de felicidad por medio del recuerdo, que cribado, se muestra en "El tiempo es un espejo de placeres disparados".
En ese espejo describe "la ráfaga deliciosa de la dicha", que puede ser interpretado como el clímax sexual, y después viene el reposo, para dar paso a esta imagen portentosa: "el territorio nuevo calla ahora / el pueblo es una lluvia de lámparas / los faros despiden muchedumbres". No cabe duda, "un lluvia de espermas", que con sus energías creadoras se convierten en "faros que despiden muchedumbres". Esa es la magia del fenómeno de multivocidad, la posibilidad de múltiples interpretaciones a

una o varias imágenes poéticas. Ese es el mérito de la poesía, su función generadora de estados, ideas y emociones, que muchas veces pueden estar alejadas del verdadero sentido, al cual el autor hace referencia.

El estallido también es relámpago en la poeta, como se puede apreciar en los poemas "La hora feroz", "La apacible lentitud", "Todo el almanaque que me resta", "Lobos callando" y "Un viajero temblando". Pero, ¿cómo se manifiesta este relámpago? Rescataré algunos versos. Por ejemplo, en "La apacible lentitud" nos revela: "La caracola salvaje me muestra la apacible lentitud del sueño / toco la espalda del mundo con relámpagos lentos". Es una paradoja, y es la única vez que en medio del caos, en medio de la violencia expresada por la luz del relámpago, sobreviene la calma. Aunque resulte curioso la palabra "calma" no aparece en el libro, y la palabra angustia, solo una vez, en la metáfora "muñones de angustia", siendo una poesía con esa fuerza poderosa, como las ansias indescriptibles de expresión.

En "Lobos callando", donde: "Todo el año me supe desplegado relámpago / habité mediodías / me consumí frutal / redactando el viaje indiferente de las cosas". Sabiéndose relámpago, habitaba espacios melódicos y se consumía frutal. No es el caso de los versos en el poema "Todo el almanaque que me resta", donde el relámpago ya es escalofrío, es trueno: "Mi vida entera se resume en aquel brazo / la noche en que llegué para vivirte / como un escalofrío un trueno o un relámpago", o en "Un viajero temblando" donde la poeta retorna a los olvidos, a los "pecados", a lo prohibido, después de la conquista del rayo, de la luz: "Siempre voy de regreso a sitios olvidados / con la vida atroz, traicionando la belleza del relámpago".

En la teoría del Efluvismo, el portador y controlador del "rayo", de la chispa creadora, expresada por medio del lenguaje poético, puede alcanzar niveles de plasticidad suficiente para hacer una poesía trascendente. El relámpago es el rayo, es el dominio de la chispa creadora, y Laura Inés se ejercita en ello. Las palabras le

salen como diásporas, como rayo. No importa que sean versos, cuasi versos o anti versos. No importa que se exprese en algunas ocasiones en forma de poesía en prosa. Es que el torrente es muy poderoso, que esas palabras no pueden ser necesariamente pensadas, aunque después resistan una mejora, producto de las reglas de la gramática y las posibilidades del lenguaje.

Desde el título el poema "Piedras que escapan de los muros", aparece el elemento esparcidor, "las piedras se escapan". Todo el poemario sigue esa impronta de la autora, esa fuerza inicial que luego, en respiraciones hondas del lenguaje, planea con su mensaje demandante: "Aun así abro paredes de sombras / llego con libros desparramados y naufragios / me acerco a las estatuas en la arena / desnudo mis senos en la luz / salpicado de estrellas". Hacer que existan paredes de sombras, es un lujo que solo se puede dar la poesía. Ni sombras y mucho menos las paredes. La autora como "divinidad" aparece resucitando a Huidobro, cuando "así abro las paredes de sombras", para encontrar la luz, con sus senos "salpicados de estrellas". Sin olvidar que antes había llegado con "libros desparramados y naufragios".

Nadie puede afirmar que la poesía escrita es exactamente un reflejo de la experiencia personal del autor, ya sea como respuesta a lo vivido, del cual se tiene conciencia o de alguna remota actividad del subconsciente o automatismo, producto de la memoria genética tonto referida. Pero me atrevo a colegir que cuando se habla de poetas y poesía, se habla de "libros desparramados y naufragios". La autora ha escrito a su poeta en sí. Lo hace sin la intención extrema de buscar una factura del verso, ya sea medido o libre. Salen sueltos. De cualquier forma alumbra la poesía en poemas que por el torrente, se resisten a salir en cajas cuadradas, y lo hacen con respiración rítmica discontinua, con escalas tonales, forjadas en el paradigma musical y vibrante de la poeta. Si a los versos y a la forma de poesía en prosa, en que se estructura el libro, se les practicaran divisiones, partimientos, las expresiones rítmicas resultantes serían diferentes. Daría paso a nuevas expresiones, nuevos campos semánticos y nuevas pro-

puestas estéticas. Pero en realidad, la forma en que está estructurado, puede revelar las ondas vibratorias de quien escribe; deja la impronta de su respiración poética, y hasta de la hondura de esa respiración. Y es así que tiene sentido para el autor o autora en este caso.

Confieso que este tipo de reflexión sobre la poesía de Laura Inés, como lector me transfigura, me transmuta. Me pasa por extraños territorios del pensamiento, donde ausculto mi propio bosque lleno de angustias superadas, de soledades vecinas, y de la explosiva levedad de ser alguien que en medio de su ingravidez puede descubrir estados poéticos desconocidos.

Pero el naufragio o los naufragios no se quedan ahí. En el poema "Bosque por dentro", revela un verso: "aquella espera inútil del naufragio violento". Independientemente de lo que quisiera decir la autora, la interpretación con carácter multívoco, puede llevarnos a describir el fenómeno de la muerte en ese verso, que no es más que la muerte interior por lo sufrido. Ese poema es uno de los que más me llamó la atención, por el descarte, por el ritmo interior, por la carga emocional que subyace en cada verso. También, el vórtice de palabras, que con aliento profundo y violento se hace presente para traer de nuevo los naufragios en: "...y caen en los sótanos como peces sustentados / por el solsticio indescifrable de esas ciudades esponjosas / que nacen desde los faros testigos de naufragios". Aliento hondo, de "solsticio indescifrable", de "ciudades esponjosas" creadoras de los "faros testigos de naufragios". ¿Hacia cuál región nos arrastra la autora dentro de ese bosque que también es mar para los naufragios? Indiscutiblemente nos lleva a sus territorios como habíamos referido, nos balancea en ese mar de palabras que se resisten a la muerte y quedar a oscuras, que sobreviven ante la luz del faro, o aquellas luces de "senos salpicados de estrellas".

¿Es la poesía sobreviviente a los naufragios o es la autora estremecida en su propia raíz, por sus propios naufragios, tan comunes como humanos, tan individuales como colectivos? Veamos:

“como niebla oprime el brazo con puerta hacia los naufragios”. Lo señala, por esa puerta se va a los naufragios. Pienso que en cada tormenta, en cada explosión estética, la poesía y la misma autora, sobreviven a los naufragios del mundo caótico. En un mundo no solo de estallidos, sino de precipicios, de abismos: “Nada sabemos de otros que lloran en los precipicios azules con sus manos atadas / nada sabemos / de los precipicios / pongo la frente cerca del abismo”. Es la razón ontológica que nos inclina al misterio, donde la poeta entra para auscultar sus salvamentos. Allí encontrará “revoluciones sangrantes”, pero no faltarán los “girasoles de oro”, ni los “guijarros de luz”, ni “el plumaje de la luz” y el “eterno rumbo de un paisaje perdido”. En fin, es un “Encendido mundo”, que se ha llenado de “esporas irradiadas, de lámparas acuosas, sangre abierta de las máscaras”.

En el libro no encontré la palabra “aliento” en ninguno de los versos, cosa que no me extrañó porque la poesía de Laura Inés es toda explosión, todo se dispara como una granada de fragmentación, como flechas galácticas por la conquista del “rayo”, de “guijarros de luz”. Es como si de repente se soltara un arsenal de palabras vibrátiles, encendidas, caóticamente disparadas. Sin embargo, en tres ocasiones, en tres versos, la palabra “asfixia”, sí aparece, como en este verso: “La belleza seguramente desdeña estas palabras como un vampiro asfixiado”, precisamente haciendo un mea culpa, como si la autora no lograra en este libro la plenitud deseada en el campo expresivo, cosa esta que no debe dudar.

La autora nos lleva a “Un bosque por dentro”, donde auscultamos su entrega a través de sus efluvios. Ella supera los caballos del automatismo y agarra sus bridas para conducirnos a otras dimensiones del lenguaje para la trascendencia.

Virgilio López Azuán
República Dominicana

"Desde que abrí los ojos me di cuenta que mi sitio no estaba aquí, donde yo estoy, sino en donde no estoy ni he estado nunca. En alguna parte hay un lugar vacío y ese vacío se llenará de mí y yo me asentaré en ese hueco que insensiblemente rebosará de mí, pleno de mí hasta volverse fuente o surtidor. Y mi vacío, el vacío de mí que soy ahora, se llenará de sí, pleno de sí, pleno de ser hasta los bordes."

***Octavio Paz**, Prisa, fragmento*

En medio del camino de nuestra vida
me encontré en un oscuro bosque,
ya que la vía recta estaba perdida.

¡Ah que decir, cuán difícil era y es
este bosque salvaje, áspero y fuerte,
que al pensarlo renueva el pavor.

Dante Alighieri
La Divina Comedia, El Infierno: Canto I

LA HORA FEROZ

Estallan en la miel dando tumbos con sus mordazas, escafandras, los edificios crujen
el alud alpinista ciego gélido de luz
el alud archipiélago ileso de la urgencia
es una orgía de mutismo
los árboles deslizan raíces desde un ceniciento bosque que descompone la felicidad

te he buscado, eres azul como un sueño quizás solo por dentro
ese mandamiento "no matarás" quedó en el fondo como en ruegos confusos

El destierro de los gatos es un mapa despedazado

Sé que algunos libros vuelan y atraviesan cuerpos como relámpagos
hay que sacar la luz para apagarlos
en el soplo feroz subacuático pereces
son las cinco de la tarde, la hora feroz gigantesca de los náufragos
me están esperando
regresaré cansada ya he dormido seré el espejo roto del sonámbulo
regresaré sin mí -tu espera es inútil-
Nos está vedada la alegría

La vigilia tal vez pueda encender este breviario de mayúsculas
la lengua terrestre quedará en la garganta hemisferio de las brujas
la impunidad del exilio no podrá con las paredes, la maraña inefable viscosa mórula latiente

Confieso que lo vi
nacía como un trashumante hechizado por la nieve
una criatura sangrienta perdida en un universo táctil en rojo ardía completamente solo
homicida de las flores despiadadas

ahora debo decirte
caminaba por las cápsulas numeradas de una madrugada lúdica

descubrí un rostro en aquella mueca espasmódica
en el paroxismo de ser una imagen interior que eternizara la música
eso fue hace mucho tiempo
como el derrumbe brutal de un cuadro silencioso
cayó aquel día en el que dejé tu nombre en la melodía cerrada de las mariposas

Se acerca la hora, la de los náufragos
voy a tomar el dolor de los incisivos
la impostura orgásmica del mundo
nadie me verá, saldré desnuda, cubierta por espinas de luna iridiscente
estaré pálida, temblando, demorada, azarosa y vertical

La estrategia de la demolición es el abrazo

Voy a crear un dios morboso y caustico
todo lleno de explosivos y letárgico
lo dejaré en los muros resbalando antropofágico
con una sed transilvánica jadeante
con ese oficio de muerte que tenemos los que estamos vivos "cómo y cuándo"...
para esconderme sin demora en la ceremonia oscura de la ciénaga
ese familiar territorio de crueldades
donde sobrevivo mientras tanto...

EN LA SOLEDAD DEL BOSQUE

la locura es un fragmento de espejos que degluto.
Las mujeres que conozco naufragan en el vestigio epitafio de madera
hablan de soledad pero en los cuencos esconden naves para la puertas de la música
abren los pentagramas de su voz para un idioma de furia hospitalaria
trato de no sangrar, sostenerme viva
paso la vida en la soledad del bosque
todo vacío aún antes de las palabras
un bombardeo de vientres en la noche
El placer con el que hablo es un niño que juega con abejas
los sobrevivientes audaces se desplazan reptiles de los escombros encendiendo lámparas
los sobrevivientes son pocos comen manzanas llenas de granadas pluviales con elegancia cósmica
los encumbrados ídolos del idioma imperfecto dicen que descubra la vida de la ropa
sortilegio de profunda tontería la bonanza artilugio del embuste
Tengo la conciencia de un bufón, el sabor dulce de un rebelde inservible juramento
pequeñas mariposas presas visten la calle de agonía y me deslumbran
Esta tarde crecí, no puedo contar diálogos, no suelo hablar con nadie
crecí en un monologo de amantes temblando en un paredón
estaban desprovistos de los ojos y la espalda en llagas desprendiendo la piel como bestias caprichosas
lejos de mí la sombra que más amé en la vida, la ciudad toda de mármol destrozada
semioculta se desplomó la fantasía de la muerte
veo poco, veo nada, imagino el azúcar hambriento de la raza de los hombres
caminan descalzos sobre puentes de círculos extintos por la dulzura enorme a la orilla de un río misterioso
mientras quiero morder, arder y rescatarme de una imposible esfera que se apaga
en la monotonía agreste de un severo dolor vacío de nombres.

MAÑANA

Para volver a crecer debo desmitificar los ojos. Poner la espalda en el acuario de la melancolía. Ellos van a esperarme, la puerta estará probablemente cerrada. Van a nombrarme. Ya no estaré allí.

Llorará sola la mujer del saco lleno de cardos en la muchedumbre poderosa de los insectos mudos, se alejará triste, se alejará encerrada en un sueño, escapará de los andamios, esconderá la deshabitada hermandad de la palabra nunca

"Tengo que hablar con usted, tengo que hablar con usted" lo dirá muchas veces. Luego se pondrá de pie encima de sus ojos.

"Tengo que decirle que estoy muerta..."

Leeré Pessoa, alguien sonreirá, alguien estará feliz simplemente por eso y me pedirá una y mil veces que lo lea, que regrese con ese libro una y otra vez, que ahora se entiende consigo, que no podía entenderse

Se pondrá de pie con un rosario viejo colgado del cuello otro hombre a cantarme sobre las casitas blancas y el retorno a Grecia. También llorará

Seguirá lloviendo, enormes margaritas de opio y luna

Seguirá el viento desnudándome la frente con un beso de aguda sombra inútil

Sospecho que mañana la puerta estará cerrada.

No sé si te acordarás de mí, del día en que me viste, de aquellas hojas desparramadas por el suelo, de los dibujos con colores brillantes que me regalaste

No sé si volverás a escapar por la musculatura apagada del vidrio y tu mirada agónica de calle sin nombre

"El amor, la lluvia y la tristeza...", usted me lo dijo y entonces solo recuerdo eso, solo sé decir eso "el amor, la lluvia y la tristeza"

A las diez de la mañana, cuando apronte cada libro, y el fundamental libreto de hojas mudas que será llenados con pentagramas de sueños y de realidades transformadas en poesía muy dura-no menos bella-cuando después de tomarme dos sorbos de agua, tal vez temblando, quizás apenas descansada, descienda la calle de la plaza

No saldrán a recibirme, no besaré a nadie

En cada pasillo de luna sangrienta con sus noches abiertas, en cada demudado gesto que devuelve la ropa, en la desesperación de sobrevivir reptando, sepan que siempre los recordaré, en el túnel ciudad gótica desesperados por un abrazo

La niebla me habrá ocultado, lo sé

Pero no crean que podré olvidarlos.

"lo amado, amado está"

LAS HUELLAS DIGITALES DE LA LUZ

Mañana van a llamar
van a golpear lentamente las ventanas
quizás apaguen los buitres de la madera
quizás multipliquen las manos del agua
el día letárgico en el cual diré palabras coléricas
como esas tinieblas llenas de agujeros rojos
en un cuerpo de arena frenético
de pronto la noche y sus latidos
sus gritos de mortaja indiferente
Las espinas laten las piedras amargas volcadas impacientes
el vacío tesoro de estar simplemente aterra
dentro del quiero habitado orgullo
está el infierno del mundo
Mañana van a llamar, ya te lo he dicho
con un cobarde murmullo de tormenta
las huellas digitales de la luz
un estremecimiento de pulpa inolvidable
qué tiene que ver con el amor el nuevo pánico
las casas en paz luna menguante
los verdaderos nombres de la selva que es el río
los tambores transparentes huecos en el camino
nunca me sucede la masacre geográfica
La belleza seguramente desdeña estas palabras como un vampiro asfixiado
el espléndido plumaje de las islas olvidadas
los muros, quien sabe, todos los muros
cómo para cubrir de ropa la razón de la balanza
qué tiene que ver con la vida el sagrado vestigio de la ceniza
como abrumados hombres en el silencio sacudiendo heridas del mundo
hoy nacía la niña toda encendida
la sangre gritaba en el abismo crepitante de las piedras
en tu pecho crece el bosque
la lluvia deshabitada y el exilio digital tajo y herida
basta con una frase que nunca recordaré
se perderá
para editar un libro que no venderemos nunca

civiles iletrados colección Interiores

PIEDRAS QUE ESCAPAN DE LOS MUROS

En el ruido hay otro ruido de espejos estallando
en los huesos un sonido de piel agua desnuda
en la lejanía un extraño silencio de medusas
el eterno rumbo de un perdido paisaje
nada sabemos de otros que lloran en los precipicios azules con sus manos atadas
nada sabemos
de los precipicios
pongo la frente cerca del abismo
es la boca profunda de una madrugada irrelevante
en la cúspide oprimida de los girasoles de oro
como piedras que se escapan de los muros
para ser puentes
como arena movediza de lágrimas que en mi corazón lucha
los niños que se nacen de un feroz desamor igual simiente

La extraña tierra con sus imágenes
profunda ebriedad de frutas ácidas
quedaba la utopía del espejo en aquellos días del viento y la esperanza
los muertos corales de las ciudades golondrina
los gatos ascienden por los ojos
sus manos de grifo incesante pequeños guijarros de luz
insectos adormecidos en los huesos
basta ser un corazón y latir pero en algunas circunstancias escribo con bilis despiadada
cómo en las revoluciones sangrantes y sus esferas de sal cadenas de gente íntegra
en la médula hay una cacería de amapolas
en la lengua la sepultura de muchas palabras quietas

Aún así abro paredes a la sombra
llego con libros desparramados y naufragios
me acerco a las estatuas en la arena
desnudo mis senos en la luz salpicados por estrellas

El enorme tesoro de un placer despiadado
me cura los dolores de la idea.

LA APACIBLE LENTITUD

Entre las sombras el pliegue de los muebles gritando
el derrumbe borrasca de un pergamino sangre de vientre helado
pájaros sobre los vestigios de los árboles mudos
pasea el pentagrama con los cuervos alojados en la nieve
cuan lejos aquel espejo en el cual ya no consigo verme
las águilas caen en la soledad de las manos
ondula pirámide errante vagabundo pasajero del silencio
las piedras gastan el oro en los subterráneos
tal vez en el viento el rocío del fuego
miro en tus piernas los vagos dibujos del misterio
los cuchillos multiplicados de la desnudez silenciosa
latidos oxigenando las paredes hasta encenderlas
ahora recuerdo la tarde en el café con los amigos
aquellas fotos despegadas de mi ropa
la música la escalera la humedad el cielo la oscuridad la duda
la sombra de tu voz en mis papeles
ahora recuerdo el olor de las sonrisas las niñas las puertas las llaves con piedras azules
la primera vez que sentí tus ojos
aquel invierno inicial de fuego
¿que habrá sido de la gata que en la lluvia pariera sus hijos muertos?
¿dónde estará ahora con su pelo de sol doliendo?
Veo bancos vacíos en una plaza con cabellera de viento
hay una muchacha lentamente cabizbaja y dulce
veo el tren no detenerse vagones y vagones descubriéndome
un río un puente un hombre ciego
he venido de la frontera con un vago dialecto musical
mis amigos...tan lejos
La caracola salvaje me muestra la apacible lentitud del sueño
toco la espalda del mundo con relámpagos lentos
la lluvia descalza nace de antemano diciendo que ya no hay regreso
fetal y naciendo ardo de bruces con un cráneo que gime fugaz el destierro.

civiles iletrados colección Interiores

DESPUÉS

No es árbol de miel cáscara deshabitada
el músculo azul, la bandada de fuego
así miro el hueco de los ojos desérticos
abro los cajones huelo el silencio
apago el mármol quiebro el epitafio
mi oficio es la alabanza
el temblor los cuchillos
el amor la ventura de un gran desasosiego
pizarras iluminadas ciega lluvia sombra desgarrada
no es nada que pueda conmover el plumaje de la luz
es todas las palabras
decir que no sufro mentir que el absurdo medita
hacerme preguntas de piel antropofágica
vivir lejos de la infancia en un silencio atroz de saxofones mudos
estruendo de una calle donde ya no camino
Esta tarde correría a tomar el café en las habitaciones islas imperceptibles
besaría indolente frágiles estaciones
todo lo que he amado explotaría en mi voz
en arrebatos de cólera los gigantes acuáticos desplomarían ausencia violentos estremecidos
aquí es un lugar dónde mis niñas extienden el corazón en las manos
a veces los pájaros gritan la mañana asombrosa
siento unas ganas extrañas de no querer morir
En los lugares paredes están los pianos vacíos
la locura olvidada de los muertos callados
sangre abierta el licor de las veladas más bellas, más oscuras
Nunca podré entender que se hace con los amigos
dejan el alma activa en todos los precipicios
me buscan en semáforos en marañas instrumento
me dicen la llaga en las mesas vacías
son todo el pensamiento
Yo me sé poco dueña de los cuervos brillantes
rompo la monarquía gélida de escaleras
he visto la fatiga del ruido sobre la tierra

civiles iletrados □□□□ colección interiores

un hombre que se pierde desnudo cabizbajo
el paisaje abandonado de muchos mediodías
he visto deslizar la razón las palabras
arrojando mi rostro sin cuestionar el mundo
y pasada la siesta encender las ventanas
con un desconcierto de insecto mutilado
Mi vida entre los ojos del agua y de la muerte
tan terca en el marchito cerrojo de la idea
como si todo el mundo tuviera un rostro alegre de bestia plegadiza
de náufrago sonriente
tal si fuera posible olvidar la memoria
olvidar dar la espalda encogerse de hombros caminar
y encenderse.

TODO EL ALMANAQUE QUE ME RESTA

Ver en los pies los harapos de un tambor todo de duende
ella despertándose
eran pies desnudos y sangrando
en la memoria los retratos móviles, los puentes, vos para no ser feliz, vos para morir
en la veloz asfixia de los náufragos.
La genitalidad de un esqueleto asimétrico
algunos árboles, los nidos en el humo de la tierra, los pecados
breves, no expiados
una especie de luna atormentada
una población de células ardiendo
un bosque de metáforas en terrible esperma violentándote
Ver
la lágrima apagada de un río intransigente
una estación sin nadie un barco en el muro que se desliza
las espigas en vagos movimientos suburbanos
gente sobre mí gente empapada azúcar en los dientes
gente húmeda vacilante tentacular histérica
gente poca gente mucha muerte nada
detrás un paisaje iracundo de bramidos desdichando la idea que ahora somos
El tiempo es un espejo de placeres disparados
vuelvo a la ráfaga deliciosa de la dicha
es por un instante la felicidad
entonces miro como todo se mueve y nos olvida
el territorio nuevo calla ahora
el pueblo es una lluvia de lámparas
los faros despiden muchedumbres

A mi costado te apagas
mujeres encendidas en un antiguo edificio desplomándose
Aquí llevo el mar en un recuerdo
aquí desempaco el equipaje con arañas
aquí soy una mosca preñada de banderas
No
no es necesario.

civiles iletrados □□□□ colección interiores

Mi vida entera se resume en aquel brazo
la noche en que llegué para vivirte
como un escalofrío un trueno o un relámpago
fuiste todo el almanaque que me resta, ayer ahora y esas mañanas dudosas
como el latido del mármol
todo el aroma de los trenes en el mundo
un obelisco selvático
sombras la lucha sin reposo del laurel rocío helado
el vientre remoto la rosa inexorable
una enorme belleza de suplicio triunfal
un desembarco imposible
brutal
un desembarco.

UN BOSQUE POR DENTRO

No es el viejo ruido del muro lo que aísla la puerta
no es el candado germinal que enciende el invierno
no es la larga noche en que mordí tus ojos
ni el siniestro destino de estar juntos y muertos
no es el último día en que te miré callando
ni el volcán de tu sangre derramado en mi cuerpo
ni aquella extraña música que canté sollozando
el frio de mis piernas rasgadas por el miedo
No es todo el humo tibio que respiré gimiendo
ni los senos heridos como bocas azules
tampoco tus palabras mezcladas con el viento
aquella espera inútil de naufragio violento
Es solo que camino todo un bosque por dentro
con los puños cerrados y los muslos ajenos
sabiendo que la noche nunca más tendrá manos
y que yo no podré deshacerle los dedos
El insomnio que resta toca ríos de música
donde habita agitada la miseria del puedo
Ya nada me sostiene
ni la muerte
ni el tiempo.

TRANSPARENTE

Poesía de piel de abeja en ciudad sitiada
diáfana escarlata impía sombra
eco palpitante galería de nube
nadie dice intégrate en opaco sangriento
nadie dice lluvia inunda signos súbitos
madera de piedra preciosa
las piezas confusas por donde se oyen pasos
que exploran destino de sol abandonado
jardín irreal masacre de incendio piano encendido
contemplo la semejanza del viento con la bestia perpetua
amar o desatar los vestidos callados
semejanza tiene la mirada interior relata impureza
endometrio rasgado agita barcos con los ojos abiertos
El cuerpo baja despacio para transcurrir el día dichoso
con enorme tristeza de pueblo mutilado
Voy por las galerías entre reflejos de palabras
transparentes
soy una herida abierta sin reposo posible
en un mundo ciego de vida evaporada.

ENCERRADOS EN LOS OJOS

En la sombra oxidada de recóndita frente abre nuevos párpados
la arquitectura mínima de mi cuerpo presente
sombra que se desata en desiertos que arden
grieta de lámparas en la noche que huye.
He debido partir, pero tienes la boca llena de música.
He debido esconderme detrás de la madera con sus peces azules.
He debido ocultar aparato melódico interminable.
No mirar aquel rostro.
No esperarte.
Mis pensamientos transparentes congelaron una imagen
en el baldío oscilante con sus latidos inciertos
fui ardiente por la sed con los senos en tu cuerpo.
Corrimos por subterráneos entre marea de voces
casas, pájaros, instantes, barcos ciegos
inventábamos silencio
Estábamos de rodillas, mudos transfigurados, encerrados en los ojos
como muertos.
Fueron palabras ahogadas, miel dormida
he guardado tu camisa destrozada.

civiles iletrados colección Interiores

La tendré por mucho tiempo
opaca como un cuchillo que estalla
será un rostro en una fuente -también lápida-
Hoy mi cuerpo es la memoria de un insomnio inesperado
que a largos pasos encuentra oro indebido
despoblada hendidura manojo fuga de escamas
en aquel bosque terrible con sus manos disparadas
Toda la urgencia que tuve
me deshabita
y retorno a los espejos que me mostraron desnuda
empapada por tus lágrimas.

FUGA DE RIESGO

¿Es de tu cuerpo el límite de la frente?
Mueres gastado en las ramas de la nieve, cerca del mar oscuro donde tiemblan
las lenguas impacientes de la niebla
mueres cubierto de pentagramas con las manos de inmenso marfil
en el calor de los puños contemplando agua
en el giro de la nuez tu presencia gime
todavía llevas el pecho cargado de sonidos
las piernas de peces indestructibles.
En aquel lugar de poblaciones viajando hacia la esfera
en el severo hormigón de los hombros buscando espalda
toda abierta de pirámides
buscando el ardor intransigente de la especie
bailando en la cicatriz de las estrellas
toda húmeda de vértebras
loca
existente
nunca permanente
secreto grito de genitalidad con olor a fruta
barrotes de cárcel
en aquel hueco de miedo donde nos creíamos inmóviles
entonces hacíamos incisiones crueles sobre intestinos ardiendo

empapando la pared de espuma desolada
Por dentro de la razón circula el sueño
por fuera los cristales azules de las alucinaciones vagas
bastaba ser el café de la idea
el barro del aire
la piel de los ojos
los gatos que comían cepos sonriéndome
la entraña del frío
la cabeza fugitiva con hojas convocantes, lívidas
Buscándome
estabas
buscándote
en la herramienta mortal de la victoria secreta
donde todos los instantes son la vocación medular de la esperanza
Callar
para decir amor
callar para no decir fuga de riesgo
y otras desventuras en el herrumbre circuncidado de la puerta.
El universo sabe amputar la incomprensión
y dejar en reposo los poros deshabitados de los árboles.
Lo inevitable sangra sobre los labios de la tierra.

DE PIE SOBRE LAS MEDUSAS

Ahora no alumbras fósil en tierra helada
es un cansancio sin escrúpulos
un quejido estéril
de extraviada vigilia
desolada, absurda
de pie sobre las medusas adherida en pánico a la inmovilidad
de la madera
ahora no alumbras
paquidérmica, amarga abierta extraña
tan muñón de mi lenguaje
posesa incorpórea nonata
sobre los libros la cabellera escasa, mustia
la falsa secreta hendidura no descansa
expone temblorosa su arteria de mentira sideral
Supongo que de verdad el pan es todo y se expulsa
mordisco tras mordisco de los tendones azules de la mano inútil
la textura de un pentagrama
la casa que escucha cerrarse el ojo de la madera.
Ya te oculté, tu sombrero es un recuerdo sin importancia
una bandera en jardines que se buscan
pulpa dentaria como juncos sonoros

hundida sobre la espalda que contiene el follaje silencioso de la muerte.
La noche tiene sueño
acunarla para resistir la selva que sangra
dorado molusco de resplandores mudos
cae en el mar explosivo, ardiente.
La llave rueda por el suelo
-estrépito inclemente-
abro la carne solitaria con un pincel de escarabajo avasallante
pero la mentira cruje como quien pisa el futuro en la piel tendida
de una estremecida humedad oscura
Todos los destrozos
hablan de las hojas blindadas
destruidas por los volcanes furiosos
de tus pies.
Eres innumerable, malherida y delirante.
Sol mansamente apagado por la luz.

UN ENCENDIDO MUNDO

Un encendido mundo lleno de esporas irradiadas, de lámparas acuosas, sangre abierta de las máscaras.
Un pliegue en el sueño con sus muros azules, atesorando bocas, aprisionando nombres, sacudiendo lágrimas en la niebla del bosque.
Pájaros muertos, tierra abandonada, intangible, festines de odio, muchachas desdibujadas en las paredes, monigotes de ausencia, muñones de la angustia.
La miseria de los saltamontes.
En las puertas bárbaras del antropofágico sol sostenido de los pentagramas temerosos están las llagas desoladas de mi boca.
Reptil desfragmentado, basta mirar el puente que cae como durmiendo.
Los mendigos-esas criaturas indigestas-son disparados por el mar, los caracoles silenciosos, los maderos extraviados testigos de las botellas diminutas, verdes, que se mecen entre sonidos carta de nadie, y caen en los sótanos como peces sustentados por el solsticio indescifrable de esas ciudades esponjosas que nacen desde los faros testigos de naufragios.
Busco el gemido imposible de la mujer a la intemperie de su vida.
Busco el espejo para no traicionar el indómito pellejo ambiguo entre viscosos desenlaces sorprendentemente maliciosos
Ahora gritaría.
La epidermis opaca, el olor de la sangre, los huesos entre clavicordios, los cuadros con determinados olores a cielo sin música.
Atmósfera irrespirable.
No lúcida.
Ahora veo como se descalza lentamente de su mano la mujer cuyo nombre de semilla imprudente gesta el árbol del misterio.
Lo hace con lentitud, con mansedumbre ciega, entre murmuraciones de templo imaginario.
Me acerco.
Es dulce en su ebriedad de azufre, con el útero vuelto copa y estambre, emigra de sí, devastada
No necesito más que un breve tiempo de ausencia, mientras todo huele a desborde de fragua
He mordido el rugido de la fruta, sentido el cosquilleo delicado del parto de la tormenta.

Los amantes estaban en el centro de la voz, la efigie desgarrada, como criaturas desoladas.
Yo descendía por la calle del alma, empapada de olvido, con siete venas rotas y jamás perdonada.
Muy pronto anocheció.
Todo muerto me mata.

CÁBALA

Cuando tuve perdón para ser hoja de párpado
escuchar la obediente construcción de las paredes
saber que no era demasiado necesaria la palabra
-bastaba una escultura inaccesible-
perdonarme por los broches secretos en las manos
-sobre adjetivada-
excluirme de mí en la ceguera indigna del humo
caer en la ciudad entre cenizas
silenciarme
subir poderosa con la sangre agusanada
sorda para no abrir la música del árbol
Supe
ser mujer
ese delito , esa traición inmejorable
ese paisaje cromosómico que no hace bueno el alfabeto
hablar como pariendo, siempre gimiendo útero
aferrada a la ausencia con los puños temblando
del mismo modo escribir, intemporal
-de igual modo innecesaria-
La cábala del amante era empujarme al vacío
en el centro de una ternura deshilachada

dromedario escupiendo flores cabizbajas
ser mujer y amando las sílabas -olfatearlas-
en la corteza funeraria paroxística de lo inaceptable.
En el invierno vi un ombligo resbalando por mi rostro
me ha repugnado en signos de esqueleto quemándose
ahora he visitado el mar con su oleaje gris de bandoneón suicida
y he amado el movimiento de la tierra con parpadeos táctiles
Soy una vagabunda que resiste los golpes agónicos del cuerpo
en la batalla indecible de un desborde de semillas
sobre el pubis lluvioso de las rosas.

LOBOS CALLANDO

Nada agita el incendio de la música salvo tus dedos
espera médula azul
espera tierra indócil
espera fósil de luna
espera, espera
estambre de reloj excesivo pozo.
Yo en mí soy pulpo con lágrimas tentáculo de puentes
glóbulo cruento, espada invertebrada, candado en la sombra
ábreme
Después están las manos amputando bosques
calle de mirarte desterrado insomne
párpados en el aire
mar en monosílabos
luz de tigres implacables
Yo en ti
no sobrevivo.
Anoche vi el tesoro confuso crecerse
el poderío de quien recién despierta de un suplicio desnudo
con toda la cara empapada de sangre
buscando entre los jirones de sueño
algún vegetal volador, un animal zigzagueante

la belleza en los volcanes oscuros
en cuellos arropados por ritos universales
Todo el año he sentido frío
severa e implacable
agasajada por bailarinas descalzas de nieve
apenas lloviendo en hojarascas
Todo el año he visitado catedrales abandonadas
para ponerme de rodillas ante un cráneo informe, desconocido
temblando
la sinrazón aparente de toda cicatriz
lavando copas rebosantes de miel
lobos callando.
Todo el año me supe desplegado relámpago
habité mediodías
me consumí frutal
redactando el viaje indiferente de las cosas
Eso soy.
Un monólogo de espantos.

PULPOS EXTENDIDOS

Desangra la impiedad y aquellas instrucciones para la incompleta felicidad
las muecas nunca inofensivas y las monedas escandalizadas sobre la calle
mientras llueve pausadamente la desaparición de los moluscos
alguien-como siempre sucede- escupe agujas sobre los poros
rumbo al corazón de la nieve cuyos bosques carecen de mortaja pluvial.
En la soledad de la sala, entre sillas uniformadas
se enciende el vino postrero de una mujer abismal
estatua incansable de patios con clavicordios en la mayor orfandad
Leo en el alboroto la sensación de los hombres cóncavos
el propósito hospitalario de la sed
mientras la siempre niebla oprime un brazo con puertas hacia los naufragios
y todo lo hablado es fantasmagórico insustancial.
Estoy en mi ciudad entre pozos, alcohol y autos viejos cuyas vendettas vacías
absortas
caen sobre mis piernas con animales dorados que juran amor
esa impaciencia recóndita ve como huyen ancianas secta de furia
mientras canta el milagro muy por encima de su voz.
En los ataúdes busco guitarras escribo escudos impropios
son serios pulpos extendidos sobre vientres en permanente espasmo
Reinicio siempre la marcha
todo desaparece
la escalera del laurel invade la alegría
gritos dentro de mí que por oficio tengo erratas.
Es fácilmente reconocible el mutismo desplazando sus llaves abiertas
caen candados sobre las cabezas empapadas y los restos de hiel sobre la noche
El destino se burla de mi fiesta de encaje
son los escarabajos
la basura existencial
el nudo tenebroso con su cáscara mísera
los que nunca son
los simplemente heridos de muerte
llevando palos de madera que se desperezan pariendo cabezas múltiples
vacías
ardientes.

Estoy irritada por la fría cicatriz de las mejillas infinitas
nadie conoce el ruido cabizbajo de los senos transparentes
los que desnudos caen sobre el pecho de otro
tambaleantes como peces.
En resumen
la gutural elástica miseria no redime a nadie
de sus largas estrías de ropa pesarosa
deslumbrante toque de lejanas campanadas mustias.
Nadie sabe amar
Imploro el cese del sangriento círculo quebrado
Llego a mi casa destruida pero desamarrada para siempre de la polvareda
nunca misteriosa.
Nadie escucha que grito mientras destruyo música
recostada a la piel de las palomas.

UN VIAJERO TEMBLANDO

Estabas hecho de trenes súbitos
de pétalos malhechores
acaso aquel delgado camino del áspero susurro
la espalda de los ojos, la espuma de la estrella
Siempre voy de regreso a sitios olvidados
con la vida atroz traicionando la belleza del relámpago.
Todo se reduce al oscuro laberinto de la idea
a la trampa de las cuencas ojerosas nunca llama de corazones amplios
todo deformado, narrado hasta cansarme
en esas súplicas oscuras de música vencida.
Ya tarde, pavorosa, de confundidos pájaros
en las dieciséis horas del reloj que inventamos
un tiempo que recorre la cara de mis brazos
yo nunca dije nada
solo quedó una mano.
El secreto que busca los encuentros feroces
con cabezas hundidas impuras de miel salobre
ya no tiene aquel ojo que rugía en pulmones de quien cava sin tregua
con los puños cerrados
Sí, he vuelto, con el hilo que recubre los harapos
ahora llueven sepulcros en varias latitudes
mientras miro los árboles que se quiebran muriendo
en el horizonte de la sombra que expira
mientras gritas que amas inútil, desparramado
yo toda impresa en los troncos azules
de los fondos con jaulas al unísono cantando
mi nombre silencioso , testimonio profundo
de un viajero temblando.

civiles iletrados colección Interiores

LA CARTA SEIS DE TRÉBOL

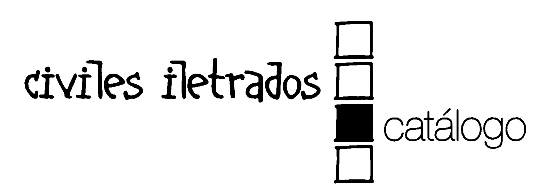
De mi quedó una planta carnívora de sol, un estremecimiento a horcajadas, una tibieza profunda con luces casi insoportables.
Enceguecida, proyectándome en la piel adjunta como un manuscrito perdido y silenciado, me encamino hacia mí con callada voz de bronce pálido.
Recomponerme, regresarme, establecer los códigos perdidos en el viaje, reconciliarme con la esfera del camino, los cristales humeantes, las crisálidas fogosas, los aullidos apenas atenuados por las máscaras impúberes, las melenas despiadadas, los planetarios cuchicheos de las monedas inmóviles
Ver, desde la órbita multiplicada del vientre la silenciosa pesadez de la esperanza.
Una nueva línea de árboles, la certeza del océano, los cabizbajos gestos del deseo, la humedad de los pies, las lágrimas expuestas, la música de violines desatados.
Ser yo, ese cruento planeta misterioso, revestido de materiales azules, muchas veces insípida, violenta, ávida de transgresión, feroz y dulce.
Ser nadie, para ocupar el lugar exacto en la fila de la mudez insomne y así detenerme, con los párpados llenos de palabras, escuchando las interminables sentencias del destierro
Pertenecer a la sangrienta escuela del silencio, por dentro de los sueños, mágica como una idea, vaga como el amor que no encuentra sus rasgos de profunda enemistad con la desesperación nonata.
Hoy, después de los muchos mediodías quejosos, buscando el auxilio de los pacientes moluscos, penetrando las concavidades de la ciudad de los caracoles, me veo, en los ninguneados espejos del adiós.
Fácil no es el olvido, ni recuperar el cuerpo que te abandona en un día sin relojes, así, como por descuido, en las esquinas del tiempo que te nombra.
El secreto se resume en ese tropezarse con la ciudad que llevas en los zapatos, caminándola apenas entre enjambres de sombra.
Ahora recuerdo la araña tejiendo siempre su casa de implorarme la remota virtud de destruirla
Pero distraídamente, emergiendo de los rojos follajes del viento, yo no hubiera sido capaz de desconstruir su urgente cárcel de paisajes nítidos.
La soledad irrumpe con su ejército de mariposas.
Están en todas partes, husmean el corazón, la madera, las ventanas abiertas a la niebla, la cama desordenada, los ojos de mandrágora que despeinan la noche en que finalmente encontraré la carta seis de trébol

Estarás en el bar con tu saco desnudo
El farol mirará mi duda temblorosa, explotaré, huiré,
regresaré.
Al fin de cuentas siempre habré sido la grieta que se nace imprecisa desde aquellas ausencias que cuentan las palomas
Yo te supe aquel día que flotaste por dentro de mi frente empapado sudoroso de vida
cubierto por la médula que invadía mi sórdida musculatura ósea.

OTRO MÁRMOL

No, rasgada fama de la lengua pluma de ningún bosque
aleja de mí tu mano de rama indigesta
quiero otro mármol, deja de hablar de epitafios-siempre lo escupes-
mis senos son una fábrica de manos
un gruñido incesante no verbalizado, muecas, bocas, ojos, faros
hoy nado por la vigilia de una siesta nocturna
entran a decirme que abandone la guerra ponen en la mesa unos ramos de flores
extraordinarios cocodrilos en salvaje reproducción indomable
mucha pena
la mujer más horrible del mundo
la vi en un día de lluvia
pegajosa como un guante y náusea
desde su boca salió un sonido aún más desagradable que su voz
en el sueño las nubes perseguían los derrumbes del éxodo
tanto calor para morir en la soledad más descorazonada del mundo
llegan comensales malditos con caras deslucidas
veo bolsas de asfixia , siento el molino de fuego que reza avemarías terribles
los labios no regresan a la casa de la luz
el invisible cielo del planeta traza caminos en los mapas
Pienso que nadie es feliz hasta que desaparece.
La tregua de las palabras es retornarme a casa
devolverme los recuerdos, una tarde como hoy viajando en el crepúsculo
y los árboles rojos dadivosos de vida al unísono
diciendo mi nombre mientras la música de Leonard Cohen me aleja lentamente del dolor.

ÍNDICE



última salida

5 / La tibieza del río, Melba Guariglia, 2016, poesía
4 / Poemas que dieron la vuelta al mundo,
Fernández de Palleja, 2016, poesía.
3 / Conversaciones en Do Mundo, Sonia Calcagno, 2016, relatos.
2 / Retrato para mejorar el cuerpo de una bailarina,
Elena Vázquez Guerrero, 2016, poesía.
1 / Otros rituales, Alejandro Michelena, 2016, poesía.

ojo de rueda

5 / La mar en medio, Alfredo Fressia, 2017, poesía.
4 / La noche y su artificio, Cristina Peri Rossi, 2016, poesía.
3 / Poeta en el Edén, Alfredo Fressia, 2012, poesía.
2 / Pájaro en el palo, antología personal, Horacio Fiebelkorn, 2011, poesía.
1 / Noche con posibilidades, Laura Wittner, 2011, poesía.

fuera del mapa

4 / El filo de la luz, Elena Lafert, 2013, poesía.
3 / Poemas desde un peugot rojo y una carretera quieta,
Fernández de Palleja, 2011, poesía.
2 / Genealogía del ocio, Leonardo Lesci, 2010, poesía.
1 / Un mundo diferente, Elena Lafert, 2010, poesía.

la más mincha

2 / Sigiloso dinosaurio, Cecilia Ríos, 2011, relatos.
1 / La frontera será como un tenue campo de manzanillas,
Elder Silva, 2007, poesía.

interiores

1 / Un bosque por dentro, Laura Martínez Coronel, 2017, poesía.

colección de náufragos

18 / Equilibrios del bosque, Blanca Emmi, 2006, poesía.
17 / Manual para seducir poetisas, Luis Pereira, 2004, poesía.
16 / Cartas, Inés Trabal, 2003, poesía.
15 / La hora violeta, Elena Lafert, 2003, poesía.
14 / Botellas y sobremodos, Jorge Meretta, 2003, poesía.
13 / Luz de cualquiera de los doce meses, Alvaro Ojeda, 2003, poesía.
12 / Vidrios, Alfredo Fonticelli, 2003, narrativa.
11 / Círculo de Sangre, Helena Corbellini, 2002, poesía.
10 / Midland, Enrique Bacci, 2002, poesía.
9 / Mal de Ausencias, Elder Silva, 2002, poesía.
8 / La vida y otros contratos, Gustavo Lerena, 2001, poesía.
7 / Portland, Alejandro Ferreiro, 2000, narrativa.
6 / Encrucijada de almas (un tríptico), Alfredo Fonticelli, 2000, narrativa.
5 / Cuentos de hadas y Del miedo y sus racimos,
Raquel Diana, 1999, teatro.
4 / Retrato de mujer azul, Luis Pereira, 1998, poesía.
3 / Cuaderno de Nueva York, Víctor Cunha, 1998, poesía.
2 / Incendio Intencional, Gabriel Di Leone, 1997, poesía.
1 / Fotonovela, canción de perdedores, Elder Silva, 1996, poesía.

serie del malabarista

1 / Eclipse, cierta poesía, 1973 – 2003, Alfredo Fressia, 2003.

letras de familia

1 / Crónicas Marcianas y Uruguayas,
Marciano Durán, primera edición 2003, segunda edición 2004

Impreso en Tradinco
Abril de 2017
200 ejemplares
Minas 1377, Montevideo, Uruguay
www.tradinco.com.uy



colección **interiores**

Un bosque por dentro

Laura Martínez Coronel



Laura Martínez Coronel (Melo, 1965). Es autora de *Eclipse de mar y sangre* (1998), *El tiempo de la lluvia* (1999), *En la piel de un relámpago* (2001), *El sueño de Andrea* (2007), *Una bandada de dados* (Ático Ediciones, Montevideo, 2011), *Sólida en el incendio* y *Archipiélago de nadie* (Sediento ediciones, México DF, 2012 y 2015 respectivamente). Es columnista en la revista *Caras y Caretas* de Montevideo. En 2016 fue invitada al 24º Festival Internacional de Poesía de Rosario, Argentina.

En 2015 *Un Bosque por dentro* obtuvo primera mención en el II Concurso Internacional de Poesía Premio Marosa di Giorgio. El tribunal estuvo integrado por Wilfredo Penco, Washington Benavídez, y Jorge Pignataro.

ISBN: 978-9974-8597-2-2



civiles iletrados editores